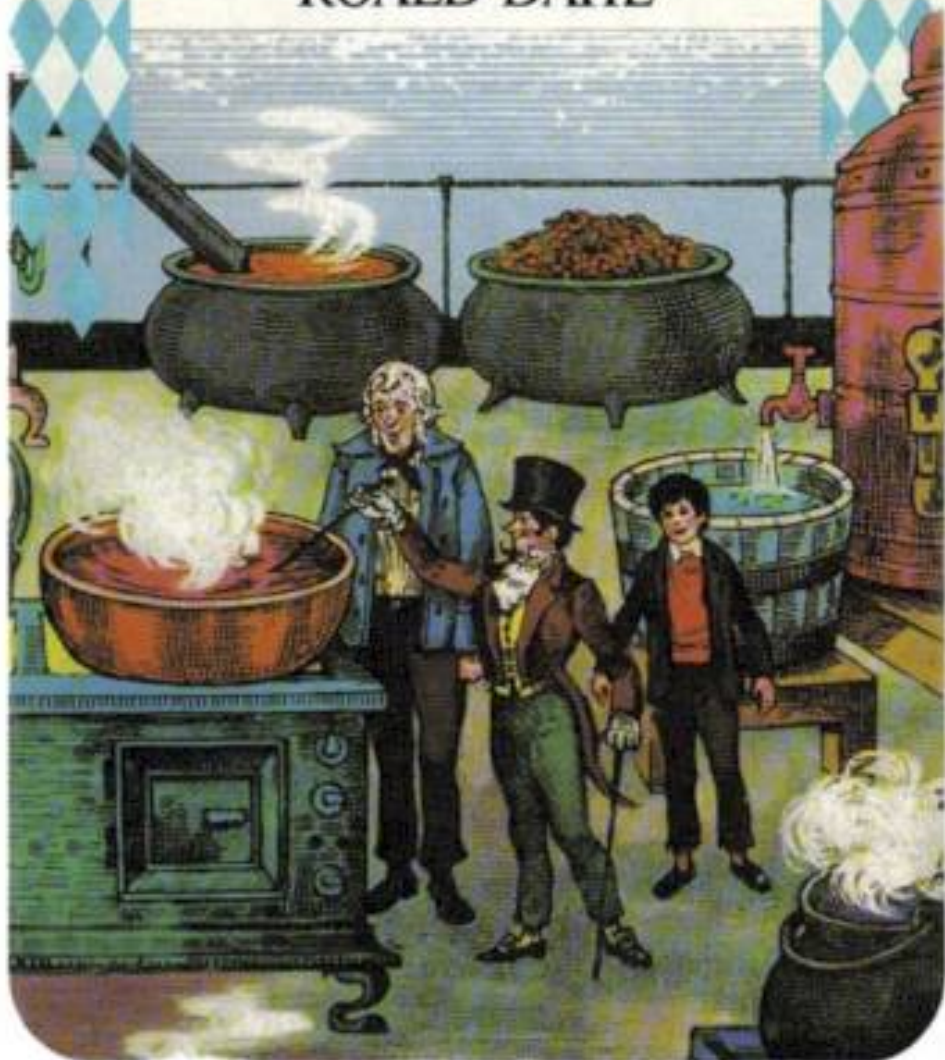


# Charlie y la fábrica de chocolate

ROALD DAHL



Esta historia muestra cómo a veces una decisión puede transformar radicalmente toda una vida... Y esto es justo lo que sucede a Charlie. En este maravilloso relato, **Roald Dahl** realiza una de sus mejores críticas sobre el comportamiento humano.

Un niño que vive en la pobreza, en una casa de sólo dos habitaciones, con sus padres y abuelos, recibe siempre por su cumpleaños una sola tableta de chocolate. Junto a su casa, una gran fábrica de chocolate sortea una visita guiada y cinco tabletas a quien encuentre el premio en uno de los envoltorios.

## PRELIMINAR

CUANDO tienes diez u once años y vuelves del colegio después de una jornada casi heroica te asaltan, sin duda, oscuras reflexiones. Tu madre pasa por delante de ti, apuradísima, con una sonrisa vaga en los labios: es martes y sabes muy bien que los martes va a casa de esa amiga suya, la de los ojos saltones. Tu padre, por su parte, te escucha pacientemente, sí, pero enseguida descubres con sorpresa que la victoria de tu equipo frente a los alumnos de sexto curso no le parece la cosa más importante del mundo. Luego sigue leyendo el periódico o contemplando con desesperación hojas llenas de cifras que saca de su maletín. Tú entonces le molestas un poco, haces ruido con los ceniceros, imitas el canto de la rana o el bramido del elefante. Inútil, como si no existieras. Por fin, ceñudo, acudes a tu hermano mayor, pero te recibe con un mohín de fastidio. Es muy mayor ya, desde luego: acaba de entrar en la universidad y una tarde le sorprendiste besando a una chica muy fea en el portal. Ahora no tiene tiempo para ocuparse de ti.

¿Qué hacer, pues? Tu perro bosteza sobre la alfombra. Das un silbido y acude manso, agitando la cola. Bien, te dices, al menos éste me hace caso, me necesita. Tiras, cruel, de sus tiernas orejas y se lamenta, apenas un hilito de dolor, le soplas en los ojos y se revuelve como si estuviese mojado; le obligas a darte la pata y lo hace con escrupulosa educación. Muy pronto, sin embargo, te aburres. Eso no te basta. Malhumorado, concibiendo implacables proyectos de venganza, recompensas al perro con una culebrilla de

regaliz y te alejas por el pasillo golpeando con el pie un burujo de papel. Te sientes un poco insignificante. El mundo entero está pendiente de las cifras de tu padre, de las reuniones de tu madre, de las hazañas de tu hermano. La tierra misma contiene la respiración cuando ellos hablan, redactan un informe o hacen la compra. Tú, en cambio, ni siquiera tienes un bigote como el de Fu-Manchú con el que impresionar a las niñas. No eres el protagonista de ningún acontecimiento, de ninguna aventura.

Y sin embargo, sabes que puedes consolarte. Entras en tu habitación con cara de pocos amigos y cierras la puerta con cuidado. Quieres estar solo. Dejas el regaliz y el cortaplumas sobre la mesa, apartas el flequillo de tu frente y adoptas una actitud solemne, de director de orquesta. Allí están, en tus cajones, junto a los petardos que te sobraron de Navidad y las canicas de cristal: tus libros. Un libro, piensas, es una cajita milagrosa: puedes meterlo en el bolsillo de tu abrigo y en él caben, sin embargo, muchas más cosas de las que existen en el mundo. En un libro cabe un dragón, por ejemplo, o un duende con pantuflas y nariz en forma de anzuelo o un gigante de cinco metros de altura que calza zapatos del número veintinueve. Un libro cruje cuando lo abres, como una galleta, y los negros regueros de tinta, sobre el frágil papel, despiden un olor sutil y sabroso, semejante al de ciertas frutas livianas.

Te gustan, sí, los libros. En ellos todo se invierte: en sus vastos reinos tú eres el rey. Ahora, por fin, los niños de diez u once años ocupan el lugar que se merecen. Nada tienen que hacer allí las ridículas hazañas de tu hermano, ni la amiga de ojos saltones de tu madre, ni el maletín de tu padre. Nada de fruslerías. Sólo cosas verdaderamente importantes y personajes verdaderamente importantes: Pulgarcito, Hansel y Gretel, Pinocho, Tom Sawyer, Guillermo, Momo, el pequeño Nicolás y ese Jim que disputó a peligrosísimos piratas un increíble tesoro en una isla desierta. Recorres las páginas a caballo, empuñando una espada o persiguiendo a

un astuto ladrón o saltando sobre tus botas de siete leguas. Estás solo, pero todo el mundo te mira. Ves que en ese mundo tú eres el protagonista. Ya estás vengado. El centro del universo coincide ahora con el lugar donde tú te encuentras.

Y precisamente, desde hace algunos días tienes un nuevo libro para leer. Te tumbas en el suelo, bocabajo y con las piernas levantadas, y lo tornas entre tus manos. Acaricias su lomo con cariño y emoción. Demoras lo más posible el momento de nadar sin resuello a través de sus páginas: el placer es más intenso cuanto más fuerte es el deseo. Te entretienes un rato con los brillantes colores de la portada y luego lees en voz alta el nombre del autor: Roald Dahl. Un nombre curioso, tan breve y tan sonoro; un rugido seguido de una campanada, un timbrazo e inmediatamente una sola nota sale del piano. Finalmente deletreas también, gozoso, el título de la obra: Charlie y la fábrica de chocolate. Y ya sin más, abres el cofre y buscas entre las páginas.

El protagonista del libro es naturalmente un niño, como Tom Sawyer o Guillermo. Es además, como Pulgarcito, un niño pobre que sueña —quién no— con comer muchas chokolatinas. Y es, por último, un niño que, al igual que Hansel y Gretel o Jim, encuentra algo que cambiará su vida. Es cierto, se parece a los mejores de tus cuentos, a los más famosos cuentos que has leído. Y sin embargo no, se trata de un libro distinto, nuevo, de otra tierra que hay que explorar. Porque junto a Charlie hay otro personaje, un personaje sin el cual Charlie no habría sido más que un Pulgarcito sin botas de siete leguas o un Pinocho sin Gepetto. Sí, tienes que reconocerlo, no es un niño. Suele vestir un hermoso frac color ciruela que probablemente serviría a tu padre y hace ya mucho tiempo que salió del colegio. Y no obstante no es un hombre común. Se distingue de los otros adultos no porque no vaya a la oficina o porque no tenga una amiga de ojos saltones sino precisamente porque no le gustan los adultos. O más exactamente: porque prefiere a

los niños. En realidad, te recuerda asimismo a personajes de otros cuentos: las hadas, Merlín el Encantador o la Vieja de los Gansos. Pues, como ellos, conoce la magia y sus efectos y sabe a quién otorgar sus favores.

Se llama Willy Wonka y es el dueño de la fábrica de chocolate que se yergue frente a la casa de Charlie. Pero no creas, no se trata de una fábrica normal. La fábrica de Wonka, el más grande inventor de golosinas del mundo, esconde un misterio, un secreto que nadie conoce. Y este secreto excita la curiosidad de todos. «¿Qué ocultará ese loco de Wonka?», se pregunta la gente. Y Wonka por fin se decide a desvelar su secreto: mostrará las maravillas de su fábrica a los cinco niños que encuentren los cinco billetes de oro que ha escondido en sus chocolatinas.

Estás nervioso, impaciente. ¿Conseguirá Charlie encontrar uno de ellos? Trepas las páginas, con el corazón apresurado, casi sin detenerte. Mordisqueas el regaliz, que has cogido de la mesa, y avanzas remontando el río. Y de pronto, un buen día, lo consigues. Sí, lo consiguió. Uf, lo consiguió. La verdad es que se lo merecía. Charlie ha encontrado uno de los billetes de oro que le abrirán las puertas de la aventura y la fantasía. A la mañana siguiente, Willy Wonka le guiará por los increíbles subterráneos de su fábrica de chocolate. Sí, vas a entrar en la fábrica...

Pero en ese momento vuelve tu madre de visitar a la amiga de ojos saltones y te llama a cenar. Qué fastidio. Cierres el libro con remolonería y, después de acariciarlo por última vez, lo devuelves al cajón. Te sientas a la mesa lleno de rencor, frunciendo el ceño. Lo has decidido: sólo te comerás el primer plato y además, como por descuido, dejarás caer la sal sobre el mantel. Sabes cuánto molesta esto a tu madre. No le perdonas que te haya interrumpido.

Pero no te preocupes. Cena tranquilo. Charlie te esperará cuanto tiempo sea necesario y Wonka no abrirá la fábrica hasta que tú regreses. No, no te preocupes. No van a entrar sin ti.

SANTIAGO ALBA RICO

## *Aquí viene Charlie*

Estos dos señores tan viejos son el padre y la madre del señor Bucket. Se llaman abuelo Joe y abuela Josephine.



Y estos dos señores tan viejos son el padre y la madre de la señora Bucket. Se llaman abuelo George y abuela Georgina.





Este es el señor Bucket. Esta es la señora Bucket. El señor y la señora Bucket tienen un hijo que se llama Charlie Bucket.



Este es Charlie.

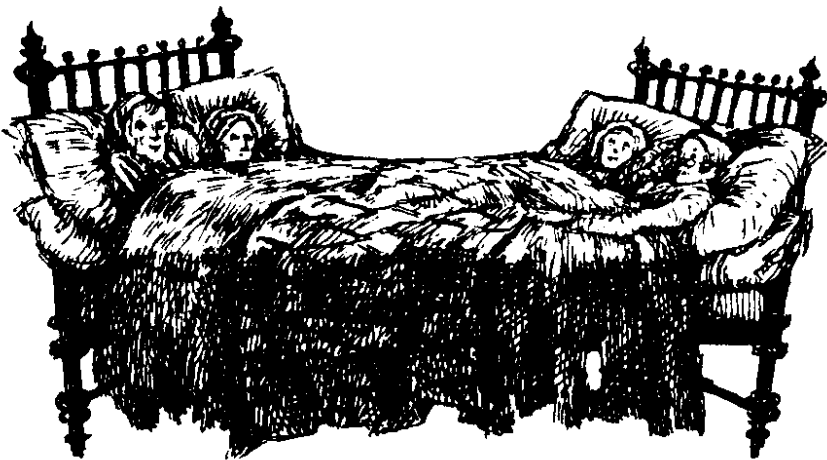
¿Cómo estás? Y tú, ¿cómo estás?

Charlie se alegra de conoceros.

Toda esta familia —las seis personas mayores (cuéntalas) y el pequeño Charlie Bucket— viven juntos en una casita de madera en las afueras de una gran ciudad.



La casa no era lo bastante grande para tanta gente, y la vida resultaba realmente incómoda para todos. En total, sólo había dos habitaciones y una sola cama. La cama estaba reservada a los cuatro abuelos, porque eran muy viejos y estaban cansados. Tan cansados que nunca salían de ella.



El abuelo Joe y la abuela Josephine de este lado, y el abuelo George y la abuela Georgina de este otro.

El señor y la señora Bucket y el pequeño Charlie Bucket dormían en la otra habitación, sobre colchones extendidos en el suelo.

En el verano esto se podía soportar, pero en el invierno heladas corrientes de aire soplaban a la altura del suelo durante toda la noche y era horrible.

No había para ellos posibilidad alguna de comprar una casa mejor, o aun de comprar otra carpa. Eran demasiado pobres para eso.

El señor Bucket era el único en la familia que tenía empleo. Trabajaba en una fábrica de pasta dentífrica, donde pasaba el día entero sentado en un banco ajustando los pequeños tapones de los tubos de pasta dentífrica después de que éstos hubiesen sido llenados. Pero un taponador de tubos de pasta dentífrica nunca gana mucho dinero, y el pobre señor Bucket, por más que trabajase y por más velozmente que taponase los tubos, jamás conseguía ganar lo suficiente para comprar la mitad de las cosas que una familia numerosa necesitaba. No había ni siquiera bastante dinero para comprar comida adecuada para todos ellos. Las únicas comidas que podían permitirse eran pan y margarina para el desayuno, patatas y repollo cocido para el almuerzo y sopa de repollo para la cena. Los domingos eran un poco mejor. Todos esperaban ilusionados que llegara el domingo, porque entonces, a pesar de que comían exactamente lo mismo, a todos les estaba permitido repetir.

Los Bucket, por supuesto, no se morían de hambre, pero todos ellos —los dos viejos abuelos, las dos viejas abuelas, el padre de Charlie, la madre de Charlie y especialmente el propio Charlie pasaban el día de la mañana a la noche con una horrible sensación de vacío en el estómago.

Charlie era quien más la sentía. Y a pesar de que su padre y su madre a menudo renunciaban a sus propias raciones de almuerzo o cena para dársela a él, ni siquiera esto era suficiente para un niño en edad de crecer. Charlie quería desesperadamente algo más alimenticio y satisfactorio

que repollo y sopa de repollo. Lo que deseaba más que nada en el mundo era... CHOCOLATE.

Por las mañanas, al ir a la escuela, Charlie podía ver grandes filas de tabletas de chocolate en los escaparates de las tiendas, y solía detenerse para mirarlas, apretando la nariz contra el cristal, mientras la boca se le hacía agua. Muchas veces al día veía a los demás niños sacar cremosas chocolatinas de sus bolsillos y masticarlas ávidamente, y eso, por supuesto, era una *auténtica* tortura.



Sólo una vez al año, en su cumpleaños, lograba Charlie Bucket probar un trozo de chocolate. Toda la familia ahorra-

ba su dinero para esta ocasión especial, y cuando llegaba el gran día, Charlie recibía de regalo una chocolatina para comérsela él solo. Y cada vez que la recibía, en aquellas maravillosas mañanas de cumpleaños, la colocaba cuidadosamente dentro de una pequeña caja de madera y la atesoraba como si fuese una barra de oro puro; y durante los días siguientes sólo se permitía mirarla, pero nunca tocarla. Por fin, cuando ya no podía soportarlo más, desprendía un trocito diminuto del papel que la envolvía para descubrir un trocito diminuto de chocolate, y daba un *diminuto* mordisco justo lo suficiente para dejar que el maravilloso sabor azucarado se extendiese lentamente por su lengua. Al día siguiente daba otro *diminuto* mordisco, y así sucesivamente. Y de este modo, Charlie conseguía que la chocolatina de seis peniques que le regalaban por su cumpleaños durase más de un mes.

Pero aún no os he hablado de la única cosa horrible que torturaba al pequeño Charlie, el amante del chocolate, más que *cualquier* otra. Esto era para él mucho, mucho peor que ver las tabletas de chocolate en los escaparates de las tiendas o contemplar cómo los demás niños masticaban cremosas chocolatinas ante sus propios ojos. Era la cosa más torturante que podáis imaginaros, y era ésta:

¡En la propia ciudad, a la vista de la casa en la que vivía Charlie, había una ENORME FABRICA DE CHOCOLATE!

¿Os lo imagináis?

Y no era tampoco simplemente una enorme fábrica de chocolate. ¡Era la más grande y famosa del mundo entero! Era la FABRICA WONKA, cuyo propietario era un hombre llamado el señor Willy Wonka, el mayor inventor y fabricante de chocolate que ha existido. ¡Y qué magnífico, qué maravilloso lugar era éste! Tenía inmensos portones de hierro que conducían a su interior, y lo rodeaba un altísimo muro, y sus chimeneas despedían humo, y desde sus profundidades podían oírse extraños sonidos sibilantes. ¡Y fuera de los muros, a lo largo de una media milla en derredor, en todas

direcciones, el aire estaba perfumado con el denso y delicioso aroma del chocolate derretido!

Dos veces al día, al ir y venir de la escuela, el pequeño Charlie Bucket pasaba justamente por delante de las puertas de la fábrica. Y cada vez que lo hacía empezaba a caminar muy, muy lentamente, manteniendo la nariz elevada en el aire, y aspiraba largas y profundas bocanadas del maravilloso olor a chocolate que le rodeaba.

¡Ah, cómo le gustaba ese olor!

¡Y cómo deseaba poder entrar en la fábrica para ver cómo era!